

à descubrir cien leguas mas allá de lo descubierto, y le dió el nombre de *Cartagena del Puerto*, á donde se edificó despues una gran ciudad, que goza en el dia de los mayores comercios de las Indias en el trato del oro, perlas, esmeraldas y otros frutos de aquel rico continente. Despues pasó hasta lo que despues se llamó *Nombre de Dios*, y como sus navios ya no podian resistir y continuar mas adelante el viage, por estar muy maltratados, ganó con harto trabajo el golfo de *Xaragúa*, donde se vió obligado à echarlos á pique: desde allí se fué por tierra con toda su tripulacion á Santo Domingo y fué arrestado de órden de Bobadilla, bajo el pretexto de que habia tratado en oro en *Xaragúa*; pero la córte bien informada de la buena conducta de este caballero, no tan solamente le indemnizó de los menoscabos de su hacienda, sino que le mandó premiar à proporcion de sus importantes servicios.

Se puede juzgar cuanta fué la consternacion de toda España cuando se tuvo la noticia de una pérdida tan grande de la flota de las Indias. No hubo quien no la mirase sino como justo castigo del cielo, por la injusticia tan grande que se habia hecho con los Colones; persuadiéndose todos con harta verosimilitud, que si hubieran quedado en el mando de la isla, tal desgracia no se hubiera verificado. Cuando se supo que el Almirante habia prevenido á Ovando el motivo de sus temores sobre la salida de la flota, la córte le envió unas fuertes reprensiones, sobre no haber atendido á los avisos de un hombre tan experimentado en las cosas de la mar. Sintióse de esta gran tormenta, y sobre todo de los grandes uracánes que la acompañaron, toda la villa de Santo Domingo que entonces estaba del otro lado del rio, como todas las casas eran de paja, madera y adobes, cayó al suelo y con este motivo se fabricó en otra parte como se dirá adelante. Conviene decir de paso, que despues en otras ocasiones ha padecido ruinas, no solo esta villa, sino otras muchas de la isla, porque esta y las demás de las *Lucayas y Caribes*, donde son frecuentes los truenos y tempestades, y muy espantosos los temblores de tierra, se sienten notablemente y se ven en grande peligro de ruina sus habitaciones por el impulso de unos ciertos vientos que en veinte y cuatro horas corren toda la vuelta de la aguja: llámanse uracánes ó *vaguros* por los isleños. Antiguamente y quizás cuando se perdió esta flota, no se experimentaban estos uracánes, sino de siete en siete años; pero hoy no tienen tiempo fijo, pues se esplican en el término de un año por dos ó tres veces. Arman estos vientos un género de tempestad tan desahorada, que sacan de cuajo los mayores árboles con raiz y todo: hasta los peñazcos mas corpulentos los despega de los cerros y los avienta: hace pedazos y echa á pique los navios que navegan por aquellas costas, y se refiere que á ocasiones han sido impelidos como un tiro de escopeta adentro de las tierras de las costas navios de alto bordo: (98)

[98] *Vertot, histor. del mund. lib. 9, pág. 22.*

preceden de continuo algunas señales à estos uracánes: la mar se pone en calma; en un instante bajan à bandadas los pájaros de los montes, y se retiran àcia las llamadas y se reconoce salada la lluvia que cae un poco àntes que se declaren estos fuertes chubascos.

## CAPITULO 18.

*Revolucion de la provincia del Higuèy: causa de esta guerra. Son deshechos los indios, y despues de la paz que se les concede, se reedifica la ciudad de Santo Domingo. Descripcion del último viage de Colón hasta su vuelta à Castilla.*

Comenzó à gobernar prudentemente la isla el comendador Ovando como tengo insinuado, y despues del despacho de la flota desgraciada pensó en avivar el trabajo de las minas, y fundar poblaciones para resarcir los daños que se habian originado de las rebeliones de Roldán, y de la mala conducta de su antecesor Bobadilla. No correspondia el trabajo de las minas à sus esperanzas, y viendo que no habia otro remedio, sino volver à poner à los indios bajo el yugo en que estaban àntes, sin embargo de las órdenes precisas de la Reina, quien sobre el punto de la libertad de los indios era inflexible; arbitró un medio que sin contravenir à ellas, dejaba à estos infelices toda la apariencia de la libertad, y efectivamente les reducía à todo el rigor de una verdadera esclavitud. Este fué el de obligar à los indios à trabajar en las minas en lugar de los castellanos segun y como lo hacian àntes, con la diferencia que se les pagaria su trabajo; y el pretexto que se tomó para esta violencia, fué que solo así podian pagar los indios el tributo à que estaban obligados, habiendo muchos que por su flojera y por no dedicarse al trabajo no cuidaban de ponerse en estado de satisfacerlo. A mas de esto dió parte al consejo que era imposible fijar la inconstancia natural de aquellos hombres y hacer cesar otros desórdenes à que se dejaban llevar, si no los ocupaban en un trabajo moderado: que esta era la razon principal, que le impelia à valerse de este arbitrio. Se aplaudió mucho en el consejo la conducta de Ovando, y tanto mas que con alguna esperanza que habia dado à los habitantes de conseguir la reduccion de los derechos del Rey al tercio del oro, y al cuarto de las demás mercadurias, se habian aplicado todos con tal ardor al trabajo de la mineria, que en muy poco tiempo se reparo la pérdida que habia causado el último naufragio de la flota.

Cuando mas pensaba D. Nicolás Ovando en hacer florecer el comercio en la isla Española, se halló acometido de una guerra cuyos principios no dejaron de causarle grave inquietud. Hé aquí el motivo. Como la Isabela era la única plaza que tenían los castellanos por la costa del norte, y se iba despoblando à cada dia

mas y mas por las razones que hé tocado àntes, comenzó el gobernador general Ovando à entender en formar poblaciones y al establecimiento de otros pueblos, y un puerto en la misma costa, siendo de suma consecuencia asegurarse de uno cómodo para el abrigo en caso de necesidad; y así se determinó à formar el de puerto de Plata que aventajaba en mucho al de Santo Domingo, porque de allí pueden cómodamente ir navios y volver à Castilla con mas brevedad y menos dificultad, y asimismo por la mayor proporcion de todo género de refrescos y víveres, por estar distantes solo diez leguas de Vega Real, à donde estaba la villa de Santiago y la Concepcion, à diez y seis leguas, y à diez ò doce de las minas de Cibáo, y podia servir de escala para esas dos ciudades; no faltando à la primera mas que esta comodidad para ser la mas mercantil y rica de toda la isla. A mas de esto convenia asegurarse de tierra de este lado, que todavia permanecia bastantemente poblada, de cuyos habitantes podian valersè para aprovecharse de la vecindad de las minas de Cibáo, que fueron siempre tenidas por las mas ricas de toda la tierra. Moviòle tambien à edificar aquella villa, para contener la multitud de indios de la isla por aquella parte, y sobre todo para tener en brida las provincias orientales, cuyos pueblos nunca bien se llegaron à subyugar, y pasaban con razon por los mas guerreros de la isla. Ya el Almirante habia tenido las mismas miras que Ovando algunos años àntes, y no podia este gefe hacer cosa mejor que fijar allí un establecimiento sólido, en vista de un parage de tanta proporcion y de ventajas tan conocidas. No difirió un instante de poblar allí: armó una carabèla en Santo Domingo, y embarcó en ella los que destinaba para vecinos de su nueva poblacion. Como no podia darles víveres por mucho tiempo, les encargó que arribasen à la isleta de Santo Domingo, muy fértil y cercana à la provincia de Higuéy, à donde hallarian abundancia de todo; pues los de Santo Domingo sacaban de ella todo género de provisiones. Luego que llegó la carabèla à vista de la Saóna y se acercó la lancha de tierra en que iban unos ocho hombres, fueron recibidos estos con una lluvia de flechas, y de los ocho ninguno escapó, y lo que dió motivo à tal hostilidad, fuè que àntes de la llegada de D. Nicolás de Ovando à la Española en virtud de la buena armonia que se guardaban entre sí los de la Saóna y Santo Domingo, llegó à esta isla una carabèla, con el fin de cargar casabe (que es el pan de todas aquellas islas que se saca de la raiz de la Yuca) y como siempre los castellanos usaban llevar consigo sus perros de presa, andando los indios acarreado el casabe y el cacique de allí avivàndoles en este trabajo, tuvo la indiscrecion un castellano de incitar el perro contra el cacique y le dijo: *¡pilalo!... ¡tómalo!...* por via de burla (creyendo poderle tener, dice Herrera); pero lo cierto es que al instante el perro sin que lo pudiera contener su amo que lo tenia amarrado con una cadena, se abalanzó al cacique y diòle un bocado en las tripas, estiràndo-

las aquí y allí, de que luego murió el cacique. Ciertos historiadores dicen, que dieron su queja al gobernador general algunos vasallos de este cacique pidiendo justicia contra una accion tan brutal é indigna, y que no se hizo caso ni se les quiso dar oidos, lo que les enfureció y les hizo despues de haber disimulado su dolor, empeñar à sus vecinos en defensa de su cacique, muerto de una manera tan bàrbara, y lo peor de todo sin castigo. Apenas se supo el caso en la provincia del Higuéy que toda se puso en armas con ánimo de vengar tal injuria, y à su cabeza se puso su cacique llamado *Cotubanàma*, y comenzaron à declarar su indignacion con arremeter à los ocho castellanos de la lancha que iba à la Saóna en la forma referida. El comendador Ovando y todos no pensaban que estos isleños pudiesen hallarse en estado de sublevarse, y que quisiesen llevar tan adelante su resentimiento; pero se enganaron, y la muerte de los ocho castellanos era ya la declaracion de una guerra, que los bàrbaros pretendian llevar hasta lo último. Informado de esta alteracion Ovando, envió à Juan de *Esquibèl*, oficial de mérito con cuatrocientos hombres, mandàndoles espresamente tentasen primero todos los medios posibles de la suavidad para atraer aquellos indios à la paz, y que cuando no aprovechàse, que les diese guerra con vigor, haciéndoles arrepentir de haberse atrevido à intentar esta venganza. No le fuè tan fácil sujetarlos como se habia persuadido, y algunos de sus destacamentos fueron batidos. En virtud de sus órdenes propuso condiciones racionales de paz al cacique *Cotubanàma*, quien con altivéz las desechó y se continuó la guerra con variedad de sucesos. Si es verdad lo que traen nuestros historiadores, entre las facciones que se hicieron esta es una de las mas singulares, que denota, que no se dejaban de encontrar hombres bien valientes entre aquellos isleños. Dos castellanos de à caballo, el uno llamado *Valdenabro*, y el otro *Pontevedra* vieron à un indio y se dijeron el uno al otro: vamos à matar à este indio, y *Valdenabro* se separó de su camarada corriendo àcia el indio con la lanza levantada, y este se previno, disparàndole un flechazo, errando el tiro, y en el momento le atravezó *Valdenabro* el cuerpo con la lanza: el indio así herido, sacó la lanza, y asiéndose de la rienda del caballo de su enemigo, se la iba à embazar, cuando el castellano le metió la espada por la barriga hasta el puño: se la sacó el indio como lo habia hecho con la lanza, y aunque la tenia *Valdenabro* bien cogida en el puño, se la hizo soltar: tomó entonces su puñal y se lo clavó en el cuerpo al indio, quien con la misma facilidad se lo arrancó del cuerpo: *Pontevedra* que vió à *Valdenabro* desarmado, corrió à socorrerle, y le esperó de pie firme el indio, sin embargo de la mucha sangre que perdia por las tres grandes heridas que le habia dado *Valdenabro*, y le dió tres estocadas con lanza, espada y puñal, sucedió lo mismo, de modo que ambos caballeros quedaron desarmados y puestos en fuga por un solo indio de aquellos que no tenian aun por dignos de la ferocidad y cólera de sus perros. Mu-

rió de allí à poco el indio, herido de dos lanzas, dos espadas y dos puñales, y se puede decir *victorioso* con las armas en las manos, pues por un acaecimiento tan singular, de que hay pocos ejemplos en las historias, se vió á los victoriosos asegurar su vida con su fuga, y al vencido perecer con todas las señales de un legítimo y heroico vencedor. Este caso parece bien poco verosímil, y solo autoriza à darle algun crédito el testimonio universal de los historiadores juiciosos de entre aquellas gentes.

Como los demás indios de los aliados no tenían con mucho igual valor al de este indio, no tardó mucho *Esquibél* en desbaratarlos; y aunque hicieron cara un poco de tiempo, los persiguió buscándolos en los montes, y mataron à cuantos les venían à las manos; de modo que la isla de *Saóna*, que era del granero de la Española por la abundancia de casabe, quedó desierta, y la provincia del *Higuéy* que era de bastante poblacion, se vió en tal miseria y destruccion, que se vió precisado *Gotubanama* à pedir la paz que habia despreciado àntes, y *Esquibél* se la concedió de buena gana, dejando muy aficionado este cacique à su persona, y tanto que desde entonces se quiso llamar *Juan de Esquibél*, no porque se hiciese cristiano, sino que era costumbre en aquellas gentes tomar los nombres de aquellos por quienes habian concebido estimacion y afecto. *Esquibél* como general de aquella empresa, creyó no poderse asegurar mejor en la fidelidad de este cacique, que fabricando en sus estados una ciudadela de madera, donde dejó nueve castellanos con su capitán llamado *Martin de Villamán*, y se retiró con su gente, que poco despues despidió. Mientras tanto duró esta guerra, pensó el gobernador Ovando reedificar la ciudad de Santo Domingo, que por la tempestad referida se habia caido y destruido: trató de mudarla à parte donde actualmente está; y aunque le dió ahora un aire de esplendor, correspondiente à la metrópoli del nuevo mundo, no acertó ciertamente à mudarla de sitio. Una sola consideracion le movió à ello, que fué estar los pueblos en que entonces habia castellanos, en la otra banda del rio, y queriendo atender à la comodidad de algunos particulares, no hizo reflexion de que causaba à la nueva ciudad dos perjuicios, uno que no se podia remediar, y otro que no se podia evitar sino con muchos costos. Tenia mejor asiento sin duda, à la parte ea donde D. Bartolomé Colón la puso, porque estaba al levante del rio, y ahora que la edificó al poniente, se halla por esa razon cubierta de los vapores del rio que el Sol echa sobre el pueblo, lo que atrae en un país tan caliente y húmedo no pequeñas incomodidades, y aun nocivas à la salud; gozaba àntes de una fuente de agua muy buena, y ahora ya no la tiene sino de pozos y cisternas, cuyas aguas son gruesas y de mala calidad. Los que querian beber agua de aquella fuente se veian precisados à tener esclavos destinados solo para ese fin, y no obstante esperimentában mucha tardanza y aun peligro cuando el rio iba crecido; de modo que estos inconvenientes no dejan de hacer desagradable esta situacion de la ciudad. Di-

ce Mr. *Butet* en sus memorias, que se ha descubierto despues una fuente de agua muy buena, à un tiro de escopeta àcia el norte de la ciudad, y que allí hacen su aguada todos los navios; pero que los habitantes de aquella capital no se acomodan à proveerse de ella, hallando que està todavia muy retirada, y mas quieren beberla de sus cisternas aunque mala, por no darse un poco de trabajo para conseguirla mas pura y saludable. (99) Era el intento del comendador fabricar una gran alberca, y una fuente magnífica en medio de la ciudad, para recibir las aguas del rio *Hayna*, que son excelentes, no habiendo mas que traerlas por sus aqueductos de la corta distancia de tres leguas, pero no tuvo tiempo para ejecutar su proyecto. Dice Oviedo que la vió cuando tenia su mayor lustre y que no le faltaba mas que esta útil obra, para que fué de las mas hermosas ciudades del mundo. Está situada sobre un plan muy igual: por lo largo del rio se estiende de Norte à Sud, teniendo en sus orillas huertas bien cultivadas, que forman una bella vista. Tiene las mas àcia el medio dia, y el rio con sus orillas vistosamente labradas y verdes, la terminan por el oriente. Los dentro de la ciudad corresponden à la belleza de los campos de afuera, porque las calles son anchas, bien cortadas y paralelas, y los vecinos que al principio habian hecho sus casas de madera y paja cada uno segun podia, despues las fueron haciendo de piedra y cal, por haber muchos y buenos materiales para ello. Con el tiempo se encontró una cantera de una especie de mármol, y à imitacion de la que fabricó D. Nicolás de Ovando en la calle de la fortaleza sobre el rio, para dar ànimo à otros, fabricaron algunos vecinos mas acomodados sus casas con esta piedra mármol, con mas ó menos curiosidad, y los demás hicieron la suya con una especie de tierra glutinosa, que se endurece al aire y que dura lo mismo que el mejor ladrillo. Baña la mar las murallas que forman un dique competente para resistir à sus bravuras. Atraviesan los navios por lo largo de la ciudad, y como hay una barra à la entrada del rio que apenas tiene quince pies de alto de agua en las mas fuertes maréas, no pueden entrar los navios de guerra, y la rada de afuera es bastante segura, si no es desde mediados de julio hasta mediados de octubre, que corren algun peligro los navios por los uracanes que se levantan por el lado del sud en aquella temporada; mas despues no hay que temer, y no hay ejemplar que haya perecido algun navio, sino tal vez por la impericia de los pilotos.

Tambien ademas de la fortaleza, que es obra del comendador Ovando y de su casa que era magnífica, hizo este gobernador edificar un monasterio de San Francisco en la forma que están los de España, y un hospital bajo de la advocacion de San Nicolás, cuyo nombre tenia; y algunos años despues fundaron los religiosos de Santo Domingo y de la Merced, y el tesorero Migue-

[99] Padre Charlevoix citando à Mr. *Butet* últimas fojas de su primer tomo de la historia de la Española.

de Pasamonte añadió la fundacion de otro hospital llamado de San Miguel, en honor de su santo patrono. (100) Con el discurso del tiempo se ha fabricado una catedral magnífica, y unas iglesias muy hermosas: jamás ciudad se acabò en tan breve tiempo. Algunos particulares acaudalados labraron casas que cogian calles enteras, y no tardaron en sacar mucho provecho de ellas; de modo que casi de golpe vino à ser la ciudad de Santo Domingo tan grande y tan hermosa, que el historiador Oviedo se arroja à decir al señor Emperador Carlos V., que la España toda no tenia una siquiera que le pudiera llevar la preferencia, ni por la ventaja del terreno, ni por su agradable situacion, ni por la hermosa disposicion de sus plazas y calles, ni por la amenidad de sus contornos; añadiéndole, que vivia su magestad imperial en palacios, que ni tal vez tenian la estension, comodidad y riquezas de que gozaban algunos de Santo Domingo. Igualmente se acabò la villa y puerto de Plata por el mismo tiempo. Se mantuvo algunos años este puerto muy floreciente, y despues fué descaeciendo por el poco cuidado de conservar la poblacion de los isleños que fueron acabando à toda priesa, y por consiguiente fué cesando el comercio que le daba esplendor y afianzaba las esperanzas bien fundadas que se habian prometido los españoles cuando se determinó fundarlo.

Dejamos al Almirante Colón retirado en el puerto de *Azúa* dando lugar à su gente para que respirase de los trabajos padecidos en la tempestad que habia prevenido: viéndola pues descansada y sus navios estando aderezados, salió de aquel puerto, y fué al de *Yaquimo*, que él llamaba del *Brasil*, que dista ochenta leguas de Santo Domingo: tomó por tanto la via del poniente: partió el catorce de julio de este puerto de *Yaquimo* y padeció muchas calmas, hasta que llevado por las corrientes, se hallò cerca de muchas isletas inmediatas à Cuba: tomando la vuelta del medio dia navegó àcia tierra firme forcejando contra los vientos contrarios, y las corrientes como unos sesenta dias, y llegó à unas islas pequeñas que despues los castellanos las llamaron de los *Guanajos*: se halló que la gente de estas islas bastantemente pobladas es muy pacífica (101) y semejante à las de las otras islas, salvo que no tenian las frentes anchas; y porque se vió en ellas muchos pinos, la puso el Almirante *Isla de Pinos*, que dista de la tierra firme como doce leguas, cerca del Cabo que se llama ahora de *Honduras*, aunque el Almirante le llamó entonces Cabo de *Casinas*. Mandó el Almirante al Adelantado su hermano que iba por capitán de un navio, que saliese à tierra, y dentro de poco llegó una canoa de indios muy grande cargada de mercaderías de àcia el poniente, que debia ser de tierra de *Campeche* ó *Yucatán*, porque

[100] De igual fundacion en *Azúa* se encargó *Hernán Cortés* segun *Chimalpain*.

[101] En México cuando ven à un hombre calmado dicen.... Es un *guanajo*.

no está de allí sino treinta leguas poco mas. Estrañaron los castellanos la calidad de aquellas mercaderías, y el Almirante viendo muchas muestras de honestidad en las indias, y que se cubrian el rostro y cuerpo con sus mantas, luego que acaecia asirles de los pañetes con que cubrian sus vergüenzas, se movió à tratarlos bien restituyéndoles su canoa y dándoles algunas cosas de Castilla en trueque de las que se les habia tomado, y detuvo solo consigo a un viejo que parecia de mayor autoridad y prudencia que los demás para informarse de las cosas de la tierra, lo que ejecutó el indio con mucha facilidad todo el tiempo que corrió todo el pais donde se entendia su lengua, y cuando se llegó à donde se hablaba otra, que fué àntes de llegar al Cabo de *Gracias à Dios*, le dejó volver à su tierra dándole muchas cosas de que quedó muy contento. Por las mercaderías vistosas que habian traído los indios de la canoa, y en especial por lo que le dijo aquel indio viejo de las cosas, y provincias que señaló al oriente, dejó el Almirante de proseguir su viage por el occidente, pareciéndole que estando aquellos países à sotavento, podia navegar à ellos desde Cuba cuando lo tuviese por conveniente. (Ese pais tan rico de oro que señalaba aquel viejo seria verosimilmente el Perú) y cierto es que si hubiera seguido adelante, hubiera dado con los puertos de nuestra España, y primero con la tierra de *Yucatán*, que distaba solo treinta leguas, y tal vez hubiera descubierto toda la costa del seno mexicano; pero quiso Dios reservar este descubrimiento para otros, y con el designio que traia de descubrir el estrecho de tierra, para ir à dar à la mar del sur, determinó navegar àcia el oriente donde creia que estuviese el estrecho, como en efecto estaba; pero no como lo pensaba, porque es estrecho de tierra y no de mar, cuyo conocimiento se ha perfeccionado despues del descubrimiento de nueva España. La primera tierra que vió al levante fué una punta de tierra firme que llamó de *Casinas* porque habia en ella muchos árboles, cuya fruta es una manzanilla arrugada con hueso esponjoso, buena para comer, que los indios de la Española llamaban *casinas*. No se quiso detener el Almirante en un gran golfo que allí se forma, sino seguir su camino la vuelta del *Léste* à lo largo de una costa, que llamó Colón de *Oreja*, porque los habitantes de ella que están mas àcia el Cabo de *Gracias à Dios*, son casi negros y muy burdos, andan desnudos, comen carne humana, y traen las orejas ahugeradas con grandes ahugereros, que cabe por ellos un huevo de paloma. Despues de haber corrido el Almirante por aquella costa al poniente, como sesenta à setenta leguas, llegó à un Cabo à quien puso por nombre *Gracias à Dios*, porque padeció mucho en la navegacion con los vientos levantes que allí reinaban, y como desde dicho Cabo vió que la tierra volvía al medio dia, y se podia con mucha comodidad seguir la navegacion, daba toda su gente *gracias à Dios*. Pasado el Cabo por la necesidad que tenia de aguada, mandó ir las barcas à un gran rio, à donde se perdió una vez con su gen-

te, y por esto le llamó el rio del *Desastre*. De allí siguiendo el rumbo de medio dia, surgió en una isla llamada *Quiriviri* que dista una legua de un pueblo de tierra firme llamado *Cariari* donde hay un gran rio cerca, y el pais es de lo mas ameno y frondoso que se puede imagiñar: concurrieron infinitos indios de aquel contorno con arcos, flechas y macanas con ánimo de querer defender la tierra firme, y como los hicieron señal de paz, dieron ellos á entender que querian rescatar. Traian muchas mantas de algodón y planchuelillas de oro bajo que se colgaban al cuello, y llevaban esas cosas nadando á las barcas, porque el Almirante no permitió que saliesen á tierra, y no se les quiso recibir nada para mostrarles que no iban á su tierra llevados del interés, ántes mandó que se les diesen de nuestras cosas. Salió el *Adelantado* á tierra el dia siguiente para saber sus secretos; y como hubiese mandado al escribano del navio apuntase lo que le decian unos ancianos de quien tomaron lengua, se admiraron al ver el papel y la pluma, y creyendo que los enhechizaban con palabras y señales, huyeron de miedo, y despues quando se acercaban á los cristianos, hacian zahumerios de ciertos polvos, procurando que el humo fuéase ácia los cristianos, y se conoció que por el mismo temor de no ser enhechizados no quisieron nada de lo que los castellanos les habian dado. Lo que se vió allí de particular fué, que dentro de una casa grande de madera cubierta de cañas, tenian sepulturas donde estaban unas tablas de relieve, á donde se veian esculpidas figuras de animales, y en algunas las del difunto, adornado de varias joyas preciosas. El dia cinco de octubre se hizo el Almirante á la vela, llevando unos indios de *Cariari* para indagar las cosas de aquel pais y por guias: y como el indio viejo de la isla de los *Guanajos* le dijo, que por allí cerca estaba la tierra que tenia oro, dirigió su rumbo para donde le mostraba el indio, y fué á *Cobrara* ácia el levante, á donde habia una rada de seis leguas de largo, y de ancho mas de tres, con muchas isletas, cuyos pueblos están situados cerca de los rios de aquella costa. Pasó por cinco pueblos de mucho rescate, entre los cuales era uno *Veragua*, donde decian los indios que se cogia el oro, y se hacian los espejos de este metal. Corrió toda aquella tierra observando todos estos pueblos, y llegó á uno que se llama *Cuvigua*, donde segun le decia un indio de *Cariari* se sacaba la tierra del rescate, que tenia principio en *Carabóra* en que hay cincuenta leguas de costa, y sin detenerse el Almirante, navegó hasta que entró el dia dos de noviembre en *Porto Belo*, al cual puso este nombre porque es muy grande y muy hermoso, y dista cuatro ó cinco leguas del *Nombre de Dios*. Allí se detuvo el Almirante siete dias por las muchas lluvias y malos tiempos, entreteniéndose su gente en rescatar bastimentos y ovillos de algodón por quincallería y cullas de latón.

A nueve de noviembre salió el Almirante de *Porto-Belo*, navegando ocho leguas ácia levante con mal tiempo, lo que le forzó

á entrar en unas isletas cerca de tierra firme donde está *Nombre de Dios*; y porque todos aquellos contornos están llenos de tierras labradas de maiz, se le puso por nombre *Puerto de Bastimentos*. Allí se estuvo hasta veinte y tres de noviembre, componiendo los navios, y éste dia se partió ácia oriente, y llegó á una tierra llamada *Guiga*: al salir las barcas á tierra, esperaban á los castellanos mas de trescientos indios, con deseo de rescatar bastimentos y algunas joyas de oro que traian colgadas de las orejas y narices. No quiso parar allí el Almirante, y á veinte de noviembre entró en un portezuelo, que se llamó el *Retrete*, porque no cabian en él mas que cinco ó seis navios, y la entrada era por unos arrecifes y peñas, como punta de diamante, y era tan profundo el canal por enmedio, que allegándose un poco á la orilla, se podia saltar en tierra, y esta misma profundidad fue causa de que no pudiesen los navios al pasar por la angostura de aquel puerto: se halló al fin algun fondo, pero poco, y se mantuvo en este puerto el Almirante, no sin algun peligro, con tiempo revuelto, que no le dejaba salir afuera. La causa de meterse en este mal puerto provino del engaño de los marineros, que deseaban saltar en tierra para rescatar. No pudo el Almirante por la fuerza de los nortes y levantes pararse mucho allí para contratar con aquellos pueblos, y así determinó volver á cerciorarse de lo que decian los indios de las riquezas de las minas de oro de *Veragua*, motivo porque retrocedió para *Porto-Belo*, y siguiendo su camino fué investido de un viento ouéste contrarísimo á su nuevo designio. Sufrió mucho en esta travesía por la inestabilidad de los vientos: forcejó nueve dias, contrastando con todos los elementos, y experimentó temporales tan espantosos, tan contrarios y diversos, que parecia que ningunos navegantes hubiesen podido padecer mayores trabajos en tan poco camino como hay desde *Porto-Belo hasta Veragua*, por lo cual se llamó aquella costa despues la costa de los *Contrastes*. No se hallaba el Almirante lejos del puerto, y no se atrevia á acercarse á él por no tener conocimiento de su entrada, y mas que nadie hubo de su tripulacion que no creyése haber llegado á su última hora, con la vista de una de aquellas bombas ó golpes de agua que los marineros llaman tropas marinas, y los ingleses *fronks*, de cuyo efecto no se tenia noticia alguna por entonces, y han sumergido tantos navios. Viene á ser una especie de nube, agitada de un movimiento en redondo, ó turbillón que baja al mar, saca una porcion de agua y la levanta muy alto en forma de columna, y espelida despues por el viento revienta en fin, y desdichado del navio que encuentra con ella, pues el único remedio que hay para precaverse es dispararle á tiempo una pieza de artillería. El Almirante admirado de este fenómeno que jamás habia visto, hizo recitar el principio del evangelio de *San Juan*: la bomba ó culebra de agua reventó bien cerca de su navio, sin que le siguiése perjuicio, y la piedad que le hizo recurrir á Dios en este lance le afianzó mas en el reconocimiento que le debia á su su-